
John Maynard Keynes (I): Genio y figura

Miguel González Moreno

Resumen: En el presente trabajo se ofrece una semblanza de John Maynard Keynes, señalando los principales aspectos de su vida y obra que le han llevado a erigirse en uno de los principales economistas de la historia del pensamiento económico.

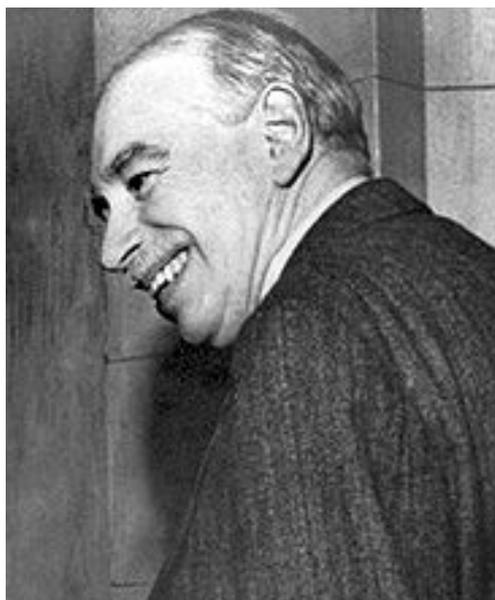
Palabras clave: Keynes; historia del pensamiento económico.

Códigos JEL: I30.

1. Introducción

Una vez que se señalan los datos de su nacimiento, el 5 de junio de 1883 en Cambridge (Inglaterra), y se recuerda que falleció el 21 de abril de 1946 en Tilton, Sussex (Inglaterra); la biografía de John Maynard Keynes no discurre por los caminos trillados de muchos otros personajes. Su excepcionalidad no sólo se debe a los históricos acontecimientos que presenció como espectador o a los que asistió como protagonista (el auge y la caída del Imperio Británico, la Primera Guerra Mundial, la Conferencia de París, el convulso período de entreguerras, la Gran Depresión de 1929, la II Guerra Mundial y los primeros intentos de reconstrucción de una Europa desolada), sino también porque su vida se asemeja a la de un río caudaloso que se beneficia de ricos afluentes. Ateniéndose a la máxima de su maestro, Alfred Marshall, según la cual «*no puede ser un buen economista quien solamente sea economista*», la vida de Keynes fue caleidoscópica, dedicando su intelecto y sus inquietudes a la Filosofía, la Historia, las Matemáticas, el Arte, el Teatro, el Coleccionismo y, por supuesto, la Economía desde diferentes perspectivas: profesor, inversor, especulador, asesor, editor, gestor, articulista, divulgador y polemista. Sin duda, acertó su mejor biógrafo, Robert Skidelsky, al afirmar que «*Keynes habitó muchos mundos diferentes*».

Cartografiar con precisión y brillantez una trayectoria vital tan variada y prolífica sólo lo ha logrado el mencionado Skidelsky, quien tras no



pocos años de lecturas, estudio y pensamiento ha escrito una magnífica e inigualable biografía en tres tomos del gran economista inglés¹. A ella remitimos al lector interesado, advirtiéndole que, desgraciadamente, sólo está en versión española el primero de los volúmenes. Una laguna editorial imperdonable entre tanta obra prescindible que se

¹ R. Skidelsky (1983): John Maynard Keynes. *Hopes Betrayed 1883-1920*, MacMillan, London; R. Skidelsky (1992): John Maynard Keynes. *The economist as saviour 1920-1937*, MacMillan, Londres. R. Skidelsky (2000): John Maynard Keynes. *Fighting for freedom 1937-1946*, Viking, Londres y R. Skidelsky (1983): John Maynard Keynes. *Esperanzas frustradas 1883-1920*, Alianza Editorial, Madrid.

publica.

2. ¿Cuáles fueron los mundos de Keynes?

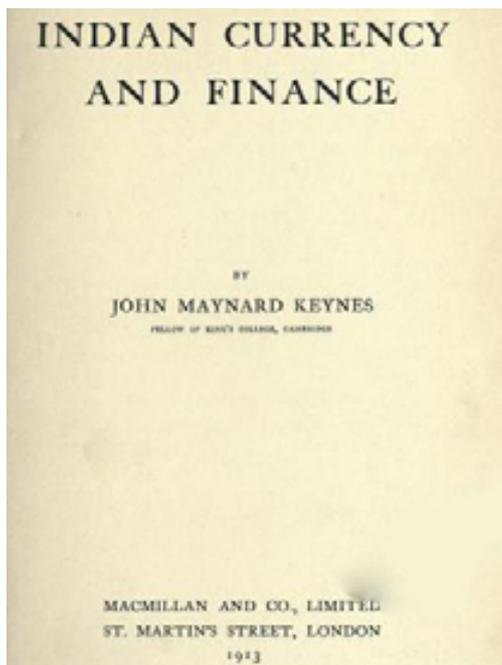
El primero y fundamental fue el constituido por su círculo familiar y de amigos, que determinó tanto sus inclinaciones intelectuales como afectivas. Su padre, John Neville Keynes, profesor del Pembroke College de Cambridge y autor de dos libros que tuvieron una gran influencia en la consideración científica de la Economía —*Formal Logic* y *The Scope and Method of Political Economy*—, le inculcó el espíritu de Cambridge, según el cual la ciencia económica se fundamenta en la filosofía moral, y le puso en contacto con quienes luego serían sus maestros o profesores: Alfred Marshall y Arthur Cecil Pigou; y su madre, Florence Ada Brown, fue una mujer con nobles inquietudes sociales y políticas, inclinaciones que la llevaron a la alcaldía de Cambridge. Sus padres le facilitaron el acceso a una educación tradicional y elitista: en 1897 ingresó en Eton, para después, en 1902, acceder al King's College de Cambridge, dando comienzo a sus estudios de filosofía y matemáticas. En esta prestigiosa y exclusivista institución universitaria entró en contacto y perteneció al grupo conocido por «Los Apóstoles», hermético y exclusivista foro de debate que estaba muy imbuido de las ideas del filósofo George Edward Moore y a través del cual trabó amistad con personajes como Lytton Strachey, Leonard Woolf, Clive Bell y Thoby Stephen; y tuvo su prolongación en Londres a partir de 1906 y hasta 1925 con el grupo intelectual de Bloomsbury, en donde estableció lazos de amistad de por vida con figuras de la intelectualidad británica de la talla de Virginia Wolff, Roger Fry, Vanessa Bell y, muy especialmente, con el pintor Duncan Grant. Estas influencias familiares y de amistad, en las que era llamado y conocido como Maynard, modelaron su intelecto y determinaron su forma de entender la vida; y, además, le marcaron también como economista, pues como ha señalado Skidelsky: «La búsqueda del conocimiento quería decir para Keynes filosofía y economía, y más la primera que la segunda».

En 1906, después de finalizar sus estudios en matemáticas el año anterior, se abren las puertas de otro «mundo»: la Economía. Su entrada es por dos vías, la académica y la profesional. Por un lado, comienza su aprendizaje en la ciencia económica de la mano de Marshall y Pigou; y, por otro, ingresa en el Civil Service, en concreto como funcionario de la Oficina de la India. Se inicia, pues, esa doble andadura que siempre fue característica de Keynes: un pie apoyado levemente en la teoría

y otro firme en la realidad. Siempre fue un economista más pragmático que teórico, y en todo caso le caracterizó su espíritu de servicio a los intereses de su país, hasta el punto que ya muy enfermo no dudó en representar a Gran Bretaña en la Conferencia de Bretton Woods (1944), sufriendo un infarto, y en sus últimos meses de vida encabezó la negociación de un préstamo estadounidense, vital para la recuperación británica en la postguerra. Durante estos 40 años sólo hallamos los innumerables frutos de un economista genial y dotado de una capacidad de trabajo sobrehumana. En este escenario central de su vida interpretó con inteligencia y brillantez múltiples papeles.

Como profesor inicia su camino en 1908, dictando un curso sobre la teoría del dinero y de los precios, al ser nombrado por Marshall «Lecturer» de Economía, figura que desempeñó hasta 1915. Aunque esto último no le alejó lo más mínimo de los ambientes universitarios, dado que fue miembro del King's College entre 1909 y 1946 y tesorero de esta institución entre 1924 y 1926, enriqueciendo a esta renombrada institución universitaria su acertada gestión económica y financiera. En reconocimiento de su trayectoria académica, en 1945 se le concedió el Doctorado Honoris Causa de la Universidad de Cambridge. Como asesor ocupó puestos de suma relevancia y sus servicios fueron demandados por los más influyentes círculos de poder británicos y mundiales: miembro de la Comisión Real para la India (1913); en 1915 ingresa como Consejero del Canciller (Lloyd George) en el Tesoro; Representante del Tesoro en la Conferencia de París (1919); Miembro de la Dirección del Banco de Inglaterra (1942); Consejero del Canciller del Tesoro (1940-1946); y comandó la Delegación Británica en la Conferencia de Bretton Woods y en las Negociaciones del Préstamo USA (1944-1946). Como hombre de negocios destacó por sus amplios conocimientos y experiencia del mundo financiero y bursátil, lo que no fue impedimento para que en más de una ocasión perdiese parte de su considerable fortuna y en otras le sirvió para incrementarla notablemente.

En este ámbito ocupó cargos relevantes, lo que le permitió adquirir una visión financiera de la economía que marcaría toda su obra, como magistralmente ha estudiado el profesor Antonio Torrero: Presidente de la National Mutual Life Insurance entre 1921 y 1938, a lo que habría que añadir la experiencia que de las finanzas adquirió en su paso por el Tesoro y en su condición de acaudalado inversor en bolsa y en mercados de futuros. Al ser un firme defensor de que la difusión de los



conocimientos económicos redundaría en bien de la sociedad, llevó a cabo una doble labor: como editor e impulsor de reconocidas revistas de economía (editor y directivo del «Economic Journal» entre 1911 y 1945; y en 1913 es nombrado Secretario de la Royal Economic Society) y destacó como un gran divulgador y un temible polemista, utilizando sus artículos en la prensa (Manchester Guardian, The Nation y The New Statesmen) con extrema habilidad para dejar oír su voz en toda aquella polémica importante reinante a nivel político y social: reparaciones de guerra, vuelta de la libra al patrón oro, necesidad de planes de inversión pública, etc.

Pero la figura poliédrica de Keynes quedaría incompleta si a todo lo mencionado no se añadiese lo que Keynes entendía como el sentido de una buena vida: su amor por el arte, el teatro y los libros. Sin esto, todo lo anterior carece de finalidad. Su suprema inteligencia y habilidad para las finanzas le llevó a ser un consumado experto y mecenas en estos campos: en 1936 fundó el Teatro de Cambridge, en lo cual no sería extraño ver la sombra de su mujer, Lydia Lopokova (con la que contrajo matrimonio en 1925 y que en su juventud fue bailarina del Ballet de Diaghilev); poseía una valiosa pinacoteca y fue asesor de la National Gallery; y era archiconocido su vicio, más que afición, por el coleccionismo de libros raros y antiguos, haciendo gala de una de las mejores colecciones de los ma-

nuscritos originales de Newton.

El fruto de la interacción de todos estos «mundos» fue su amplia obra escrita, inigualable por su estilo, agudeza e influencia. Un somero recuento de los títulos más relevantes acogería por orden cronológico, al menos, los siguientes:

- Indian Currency and Finance (1913).
- The Economic Consequences of Peace (1919).
- A Treatise on Probability (1921).
- A Revision of the Treaty (1922).
- A Tract on Monetary Reform (1923).
- The Economic Consequences of Mr. Churchill (1925).
- The End of Laissez Faire (1926).
- Can Lloyd George do it? (1929).
- A Treatise on Money (1930).
- Essays in Persuasion (1931).
- Essays in Biography (1933).
- The Means to Prosperity (1933).
- General Theory of Employment, Interest and Money (1936).
- How to Pay for the War (1940).

De esta ojeada panorámica a la vida y la obra de J.M. Keynes se desprenden dos consideraciones. Una, catalogar a Keynes solo como economista no se ajusta a la realidad, fue mucho más que un economista. Y dos, lo expuesto no hace más que corroborar la visión que sobre él han vertido su biógrafo por antonomasia, R. Skidelsky (op. cit. 1983), y uno de sus amigos e intelectual de la talla de B. Russell. Para el primero «*Keynes fue una de las máquinas trabajadoras más eficientes jamás creadas*»; y para el segundo, «*el intelecto de Keynes fue el más agudo y claro que he conocido. Cuando discutía con él sentía que estaba en juego mi vida y rara vez terminaba sin sentirme algo tonto*».

Pero sería injusto que la grandeza del personaje ocultara su condición humana, por ello resulta muy reveladora la opinión expresada por una persona que le trató y conoció, el Premio Nobel de Economía James Meade (op. cit. 1983): «*Keynes no era simplemente un gran hombre, también*

era un buen hombre». De la grandeza humana del economista británico han dejado testimonio dos relevantes españoles que tuvieron ocasión de comprobarla en momentos muy difíciles para nuestro país y para ellos mismos: Alberto Jiménez Fraud (Director de la Residencia de Estudiantes) y Pablo de Azcárate (Embajador de España en Londres durante la Guerra Civil). El malagueño Alberto Jiménez Fraud conoció a Keynes cuando éste impartió el 10 de junio de 1930 una conferencia en la Residencia de Estudiantes, y en el exilio constató la generosidad del economista inglés: «No sospechaba yo que este Colegio —se refiere al King's College— había de acudir en auxilio nuestro: me nombraron miembro del Colegio y me ofrecieron una ayuda en metálico, que yo acepté agradecido. Supe luego que Keynes había propuesto estas distinciones. Una noche, cuando, en solemne procesión, las autoridades del King's College y sus invitados caminábamos hacia el refectorio, para compartir, desde la mesa presidencial, la cena de los Residentes, vi una figura alta, algo encorvada, que caminaba cerca de mí, y mirándola con más atención reconocí a Keynes. Me acerqué a él y le di las gracias, y en su macilento rostro se dibujó una sonrisa. Aumentaron los trabajos que Keynes imponía a una salud cada vez más precaria; mas alguna vez acudía a su teatro de Cambridge, donde, tendido en su palco, seguía con animación el movimiento de la escena. Aquella vida se iba consumiendo, pero él no quería apartarla de su Colegio, aquel Colegio tan amado»². En las Memorias de Pablo de Azcárate³, publicadas recientemente, se revela cómo Keynes suscribió junto con otras personalidades británicas dos manifiestos, uno el 9 de febrero de 1938 condenando los bombardeos de la población civil por parte de las tropas franquistas; y otro de solidaridad con un grupo de intelectuales españoles.

Qué duda cabe que por todo lo antedicho no es exagerado catalogar a Keynes de genio. Pero, también, por su carácter, por lo que dijo y cómo lo dijo, fue una figura pública. Valgan estas frases extraídas a vuelapluma de algunas de sus obras para confirmar su talla como personalidad histórica, algunas de las cuales suelen ser referidas profusamente en los medios de comunicación, aunque no se sepa muy bien quién fue Keynes, ni se haya leído una sola de sus obras:

«El problema político de la humanidad consiste en conjuntar tres elementos: la eficiencia económica, la justicia social y la libertad individual. A la

² A. Jiménez Fraud (1989): Residentes. Semblanzas y recuerdos, Alianza Tres, Madrid, pág. 34.

³ Pablo de Azcárate (2012): Mi Embajada en Londres durante la Guerra Civil Española, Editorial Arial, Barcelona.

primera le son necesarios sentido crítico, prudencia y conocimiento técnico; a la segunda, espíritu altruista, entusiasmo y amor por el hombre común; a la tercera, amplitud de miras y aprecio de los valores de la variedad y de la independencia».

[Liberalismo y laborismo (Ensayos de Persuasión)]

«Las ideas de los economistas y de los filósofos políticos, tanto cuando son correctas como cuando están equivocadas, son más poderosas de lo que comúnmente se cree. En realidad, el mundo está gobernado por poco más que esto. Los hombres prácticos, que se creen liberados por completo de toda influencia intelectual, son generalmente esclavos de algún economista difunto».

[Teoría general de la ocupación, el interés y el dinero]

«Las tareas más importantes del Estado se refieren no a aquellas actividades que los particulares están llevando a cabo, sino a aquellas funciones que caen fuera de la esfera individual, a aquellas decisiones que nadie toma si no las toma el Estado. Lo importante para el gobierno no es hacer las cosas que los particulares ya están haciendo, y hacerlas un poco mejor o un poco peor, sino hacer aquellas cosas que actualmente no se hacen absolutamente».

[El fin del laissez faire (Ensayos de Persuasión)]

«Los defectos más evidentes de la sociedad económica en la que vivimos son el fracaso en proveer el pleno empleo, y la distribución arbitraria e injusta de las riquezas y de las rentas».

[Teoría general de la ocupación, el interés y el dinero]

«La depresión mundial reinante, la enorme anomalía del desempleo en un mundo lleno de necesidades, los desastrosos errores que hemos cometido, nos ciegan ante lo que está sucediendo bajo la superficie —impidiéndonos alcanzar la verdadera interpretación de las tendencias de los hechos—. Basándome en ellos me atrevo a predecir que los dos errores opuestos del pesimismo, que ahora hacen tanto ruido en el mundo, resultarán equivocados en nuestro propio tiempo: el pesimismo de los revolucionarios, que creen que las cosas están tan mal que nada nos puede salvar más que un cambio violento y el pesimismo de los reaccionarios, que consideran el equilibrio de nuestra vida económica y social tan precario, que no debemos arriesgarnos a hacer ex-

perimentos».

[Las posibilidades económicas de nuestros nietos (Ensayos de Persuasión)]

«La Economía será una cuestión reservada a los especialistas —como la odontología—. ¡Qué gran cosa sería que los economistas consiguieran que se les considerara como personas competentes, modestas y útiles, como hoy se piensa de los odontólogos».

[Las posibilidades económicas de nuestros nietos (Ensayos de Persuasión)]

«Si el Tesoro llenara de billetes de banco viejas botellas, las enterrara a una adecuada profundidad en minas de carbón abandonadas, que luego se rellenaran hasta la superficie con basura, y se dejara a la iniciativa privada, de conformidad con los bien conocidos principios del *laissez faire*, la tarea de desenterrar nuevamente los billetes (naturalmente obteniendo el derecho de hacerlo mediante oferta de arriendo de los terrenos donde aquéllas se encuentran), no habría más desempleo; y, teniendo en cuenta las consecuencias, la renta real de la colectividad y también su riqueza en capital, llegaría a ser de lejos más elevado de lo que actualmente es. Naturalmente, sería más sensato construir casas o algo parecido; pero si para ello existen dificultades políticas y prácticas, el procedimiento anterior sería mejor que no hacer nada».

[Teoría general de la ocupación, el interés y el dinero]

«Los sistemas de Estado autoritarios actuales parecen resolver el problema del desempleo a costa de la eficiencia y de la libertad. Es cierto que el mundo no tolerará por mucho tiempo el desempleo que, salvo en breves intervalos de agitación —y, en mi opinión, inevitablemente asociado— con el individualismo capitalista de hoy en día. Pero puede ser posible, mediante un análisis correcto del problema, curar la enfermedad conservando la eficiencia y la libertad».

[Teoría general de la ocupación, el interés y el dinero]

«Debemos inventar una nueva sabiduría para una nueva época. Y, entre tanto, si queremos hacer algo bien, debemos agitar, mostrarnos heterodoxos, peligrosos, desobedientes con nuestros progenitores. En el terreno económico esto significa que debemos dotarnos de nuevos instrumentos y de nuevos criterios políticos para controlar e intervenir en el funcionamiento de las fuerzas económicas, de modo

que no interfieran excesivamente con los criterios válidos hoy en materia de estabilidad social y de justicia social».

[¿Soy un liberal? (Ensayos de Persuasión)]

«Los economistas no son los garantes de la civilización, pero son los encargados de hacerla posible».

[Palabras pronunciadas por Keynes en el brindis del homenaje que en 1945 le tributó la Royal Economic Society]

Llegados hasta aquí nos damos perfecta cuenta que estamos ante uno de los más relevantes intelectuales del siglo XX, que por diversas razones centró sus enormes y privilegiadas capacidades fundamental, pero no exclusivamente, en el mundo de la economía; y que lo que le ha llevado a ser para muchos el mejor economista de la historia ha sido la confluencia de todos sus mundos en el mundo de la economía. De ahí que, como ha señalado Skidelsky: «En su madurez solía lamentar amargamente que los economistas jóvenes no tenían la preparación suficiente: no eran capaces de interpretar los hechos económicos a partir de una cultura amplia». Por ello, a los que somos asiduos y fervientes lectores de su obra nos da la impresión que cuando en el entrañable y extraordinario obituario que hizo de su maestro (recogido en *Essays on Biography*), Keynes esbozó, aunque tomando a Alfred Marshall como modelo, el retrato de la figura del economista ideal, en verdad se estaba dibujando a él mismo: «El gran economista debe poseer una rara mezcla de talentos... Debe ser en cierto grado un matemático, un historiador, un estadista, un filósofo. Ha de entender símbolos y hablar con palabras. Debe contemplar lo particular en términos de lo general y tocar lo abstracto y lo concreto en un mismo vuelo de pensamiento. Tiene que estudiar el presente a la luz del pasado con los propósitos del futuro. Ninguna sección de la naturaleza del hombre y sus instituciones debe quedar totalmente fuera de su consideración. Debe ser simultáneamente decidido y desinteresado; distante e incorruptible como un artista, pero a veces tan cerca de la realidad como un político».

